

Palabras introductorias

Carlos Cañas-Dinarte

La actual cultura salvadoreña encuentra sus raíces en el remoto pasado prehispánico, al que siglos más tarde se sumaron la herencia de la conquista y colonización españolas, así como los tributos culturales dejados por otros pueblos –africanos, europeos y americanos– que recorrieron sus territorios locales y nacional para configurar un pueblo curioso y dinámico, que se debate entre la supervivencia económica, la migración y diversos tipos de violencia.

Junto con tradiciones y costumbres religiosas y gastronómicas, cuyos fundamentos se remontan a las antiguas culturas del maíz –adoradoras del sol, la luna, las fuerzas telúricas, etc.–, El Salvador del presente también evidencia los rumbos constantes a los que decenas de años de migraciones lo han conducido. Así, no resulta extraño que muchas personas no echen de menos los espacios públicos, porque la mentalidad consumista –derivada en gran parte de las remesas familiares recibidas de Estados Unidos y otras partes del mundo– los hayan trocado por enormes centros comerciales y otros espacios privados y cerrados, pequeñas ciudades diseñadas para que la vida transcurra en burbujas de seguridad, mientras la dura realidad existente azota fuera de esos muros.

Sin embargo, esas mismas remesas familiares y esos centros comerciales que han surgido en la última década han configurado un nuevo país, «un nuevo nosotros», como muy bien lo definió el último Informe Nacional de Desarrollo Humano, promovido por la Comisión Nacional de Desarrollo Sostenible y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Y esa nueva configuración nacional entraña la aceptación de que El Salvador actual es un estado transnacional, donde cerca del 25% de su población radica en Estados Unidos, Australia, Canadá, Italia, Suecia, Suiza, Francia y muchas otras naciones de este planeta cada vez más globalizado y mundializado.

Así, la migración ha causado fuertes impactos en el ser, quehacer, sentir y pensar del pueblo salvadoreño. De hecho, los tres mil millones

de dólares anuales que ingresan en el país en concepto de remesas familiares han transformado, de lleno, no sólo las estructuras familiares, sino que han provocado tendencias y nichos de mercado sin precedentes en la cultura nacional, antes tan tradicional y ahora tan llena de elementos globalizados. Si no, ¿cómo podría explicarse la presencia constante de disc-jockeys extranjeros y otros artistas internacionales, quienes acuden a los escenarios salvadoreños atraídos por el dinero circulante y la disposición de la juventud urbana salvadoreña a acudir a largos espectáculos de música electrónica?. Para el caso, la discoteca inglesa *Ministry of the Sound* ha establecido su sede centroamericana en la ciudad capital de San Salvador. Y no lo ha hecho por mera casualidad en esta tierra, cada vez más poblada por surfistas internacionales, que llegan a las costas salvadoreñas atraídos por la creciente fama de las playas de El Zunzal que, según el juicio de los especialistas en la materia, son una de las mejores zonas mundiales para practicar tan soleado deporte.

Esas mismas remesas familiares han provocado fuertes cambios culturales en los territorios locales, en los 262 municipios que son la base más fundamental del Estado nacional salvadoreño. Derivado de ese impacto, muchas poblaciones de la zona rural hoy exhiben rótulos de bienvenida en inglés, sus calles ostentan nombres de personajes extranjeros, sus tiendas venden productos comerciales importados y sus jóvenes hablan spanglish, bailan rap, hip hop, perreo y reggeaton y lucen vestimentas nativas del Bronx o Los Angeles, a la vez que sueñan con llegar a tener 18 años, para así obtener el pasaporte que les permita salir de sus tierras para marcharse hacia el *american life style*, la nueva tierra prometida donde mana leche, miel, panqueques, Nike, Adidas, Fila y donde suenan Sony, BMG y otras compañías discográficas más.

Pero esas mismas remesas familiares también han provocado que muchas compañías financieras y de otros rubros comerciales tengan dinero disponible para invertirlo en diversos aspectos de la sociedad salvadoreña. De hecho, como parte de los crecientes programas de responsabilidad social empresarial, varios bancos del sistema financiero nacional se han dado a la tarea de financiar publicaciones de libros de lujo, de gran valor estético, pero de escasa circulación –no mayor de tres mil ejemplares– y de alto costo para la mayor parte de la población salvadoreña. Desde luego, esfuerzos como esos merecen elogios y felicitaciones, pero lo ideal sería que esos documentos de gran valor his-

tórico, literario, pictórico y cultural en general estuvieran disponibles para mayores números de personas, en alguna de las bibliotecas generales, universitarias escolares existentes.

Dentro de esos mismos lineamientos de responsabilidad social empresarial, algunas empresas aseguradoras han abierto espacios en la ciudad de San Salvador para la exhibición de pinturas, esculturas y otros materiales artísticos. El problema con ello radica en que las posibilidades de acceso a esas muestras de la nueva producción cultural salvadoreña se quedan concentrados en la zona capitalina, sin traspasar las fronteras departamentales y hacer que su presencia llegue hasta poblaciones distantes en los cuatro rumbos cardinales del interior salvadoreño, mucho menos hacia las comunidades salvadoreñas residentes en el extranjero.

En este último sentido, vale la pena destacar los esfuerzos titánicos que han estado desarrollando algunas instituciones privadas y de gobierno por presentar la cultura salvadoreña fuera del territorio nacional, ya que dentro de las fronteras nacionales se cuenta, desde hace algunos años, con escenarios para la proyección artística, conferencias, proyección de películas y demás actividades culturales, áreas que han sido provistas por el Centro de Estudios Brasileños, el Centro Cultural de España, el Centro Cultural de México y otras instituciones de promoción y difusión creadas por diversas misiones diplomáticas acreditadas ante el pueblo y gobierno de la República de El Salvador.

De esa manera, el Museo de Arte de El Salvador (MARTE) –una organización no gubernamental fundada en mayo de 2003 con cerca de dos millones de dólares provistos por lo más granado y selecto de las elites sociales salvadoreñas– se ha trazado planes de trabajo que no sólo han permitido exhibir a Picasso, Rembrandt, Cartier-Bresson y la colección venezolana Cisneros en suelo salvadoreño, sino que se ha lanzado a exhibir una exposición del caricaturista salvadoreño Toño Salazar en salones de París y otros puntos de Europa, como una apuesta de recordatorio de que la cultura de El Salvador tuvo presencia mundial a inicios del siglo XX y que aún puede aspirar a tener presencia en los grandes escenarios globales.

Por otra parte, la entidad gubernamental Viceministerio de Atención a las Comunidades Salvadoreñas en el Exterior ha destinado recursos para exhibir varias muestras itinerantes de fotografía de los paisajes y elementos culturales de El Salvador en muchos escenarios europeos y norteamericanos, como parte de un plan cultural trazado y diseñado

con el propósito de que las personas nacionales residentes fuera de las fronteras patrias no pierdan el contacto con sus raíces, tradiciones, lenguaje y gastronomía. Así, el plan incluye no sólo la producción masiva de afiches y folletos o la de las exposiciones, sino también festivales gastronómicos, discos compactos con música y elementos multimedia de la historia salvadoreña y hasta un juego de grandes dimensiones, una especie de «monopoly» que se juega con un enorme dado y cuyas preguntas para avanzar sólo pueden ser respondidas por personas conocedoras del ser salvadoreño.

Como puede deducirse, en ese «nuevo nosotros» que es El Salvador de inicios del siglo XXI hay una búsqueda constante y un intento de reafirmación de las identidades nacionales y locales, cada vez más amenazadas por los avances de la mundialización y la globalización. Por ello, resulta interesante que muchas asociaciones no gubernamentales, grupos privados y municipios se hayan dado a la tarea de fundar pequeños museos, muchos de los cuales superan sus severas limitaciones presupuestarias y de personal especializado para abordar áreas específicas de la cultura salvadoreña, como ocurre con el Museo de la Ciudad –situado en la cercana ciudad de Santa Tecla, busca evidenciar la historia de esa urbe del departamento de La Libertad a lo largo de sus 150 años de existencia–, el Museo de la Miniatura –diseñado para recopilar, investigar y presentar una visión de las artesanías de barro, elaboradas en la norteña zona de Ilobasco– y el Museo de la Palabra y la Imagen –destinado a ser un gran depósito y centro de investigaciones sobre la guerra civil salvadoreña (1979-1992), así como asiento de los archivos filmicos nacionales y de los acervos documentales de prominentes intelectuales como la feminista Prudencia Ayala, el pintor y escritor Salarrué y el escritor revolucionario Roque Dalton.

Desde fines de la guerra, cuyos acuerdos de paz fueron suscritos en la ciudad de México el 16 de enero de 1992, las zonas urbanas de San Salvador, Santa Ana, San Miguel y otras localidades han visto la consolidación de varios proyectos de universidades, cuyas presencias han contribuido a abrir otros espacios a la cultura salvadoreña, a los que deben sumarse también los abiertos por diversos bares y restaurantes de esas ciudades. De esa manera, el consumo de bebidas y comidas ha sabido ser combinado con exposiciones periódicas de pintura o fotografía, o bien, exhibiciones de música, mimos, teatro y marionetas, que resultan de grato interés para las personas nacionales o extranjeras que se acercan a La Ventana, Photo Café, La Luna, El Atrio u otros espacios más.

En estos momentos, el país entero realiza una fuerte apuesta por el porvenir, la cual se ha centrado en la futura creación de grandes obras de inversión social y en las de edificación de infraestructura portuaria, vial y energética, en especial en las zonas noreste y este del país, según los lineamientos trazados en la década pasada por el Plan de Nación. Así, muchos sectores nacionales han centrado sus expectativas de crecimiento integral en fuertes apuestas para combatir la pobreza mediante subsidios familiares directos que lleven a que las familias matriculen a sus descendientes en las escuelas públicas, la construcción ya iniciada del nuevo megapuerto en el Golfo de Fonseca, el trazado de la Carretera Longitudinal del Norte –que unirá, de este a oeste, los municipios fronterizos con Honduras, considerados por el Mapa de Pobreza gubernamental como los más atrasados del país en cuanto a desarrollo humano– y en las edificaciones de las represas hidroeléctricas de El Tigre y El Chaparral, que permitirán hacer efectiva la interconexión eléctrica centroamericana, en cumplimiento de las metas de Desarrollo del Milenio y de los postulados fundamentales del Plan Puebla-Panamá.

Esos esfuerzos de conexión e integración regional también debieran ir acompañados de grandes proyectos de inversión en el área cultural, en especial ahora que el gobierno nacional y la empresa privada quieren apostarle al crecimiento económico por las diferentes vías del turismo. Un turismo vacío de contenidos culturales no es atractivo para nadie en ninguna parte del mundo, por lo que resulta paradójico que otras instituciones le apuesten fuerte a las investigaciones sobre las identidades salvadoreñas, mientras que el presupuesto de la principal institución estatal destinada a la cultura y las artes no ve un incremento presupuestario desde hace más de un lustro, por lo que sus fondos anuales no llegan ni a los doce millones de dólares anuales, el 75% de los cuales se destina al pago de las planillas salariales, mientras que el resto se orienta a grandes proyectos de evidencia pública, como excavaciones arqueológicas o paleontológicas en las zonas central y occidental del país.

Por otra parte, la existencia de esos planes gubernamentales de integración regional, latinoamericana y mundial han provocado importantes cambios en la legislación salvadoreña destinada al área cultural, para acomodarla a las nuevas reglas globales de propiedad intelectual y *marketing* de las artes, las ciencias y la cultura. Sin embargo, hasta el momento no se ha considerado la posibilidad de contar con una

estrategia nacional y planes específicos orientados al sector cultural de El Salvador, por lo que puede ser que de forma nominal exista una entidad rectora y facilitadora de la cultura salvadoreña, pero que no tiene poder de decisión en cuanto a los que otras secretarías y subsecretarías de Estado hacen en cuanto a ese mismo terreno o en otros que, al fin y al cabo, terminan afectando positiva o negativamente a las personas y grupos dedicados a la producción cultural salvadoreña.

En este sentido, cuesta trabajo creer que no puede haber acciones coordinadas en el ámbito gubernamental para permitir la entrada de intelectuales cubanos o venezolanos –por razón de sus regímenes o ideologías–, cuando sí hay apertura para firmar tratados culturales con la Federación Rusa. Además, resulta curioso que se haya firmado un tratado de libre comercio con Estados Unidos y que en las calles capitalinas haya manifestaciones de protesta de los vendedores de CD y DVD piratas, en momentos en que entraba en vigencia esa legislación internacional que regulaba la propiedad intelectual de marcas y patentes, incluidos los derechos de *trademark* y *copyright* vigentes para las películas y música estadounidenses. ¿Y la protección para los derechos intelectuales de la población salvadoreña, incluidos los de propiedad intelectual milenaria o no tangible? Por desgracia, sólo el silencio responde a esa interrogante, donde hasta un producto gastronómico tradicional como la pupusa corre el peligro de obtener, un día de estos, un registro de origen ante la Organización Mundial del Comercio, pero a favor de un particular y no del grupo humano salvadoreño en su conjunto.

Para quienes pudieran haber estado en El Salvador de hace varias décadas, el país hoy les resulta irreconocible y, para algunos, quizá hasta grotesco. Bajo la influencia cultural hegemónica de Estados Unidos y, en menor parte, de México, las personas salvadoreñas han adoptado nuevas costumbres, tradiciones y formas de ver el mundo y encarar la realidad. Sin embargo, los grandes problemas nacionales como la pobreza, la violencia, la marginación y la exclusión de grandes sectores son varios de los puntos pendientes en la agenda nacional, en la que la cultura aún tiene mucho que decir y aportar, siempre y cuando se le brinden las oportunidades y espacios necesarios.

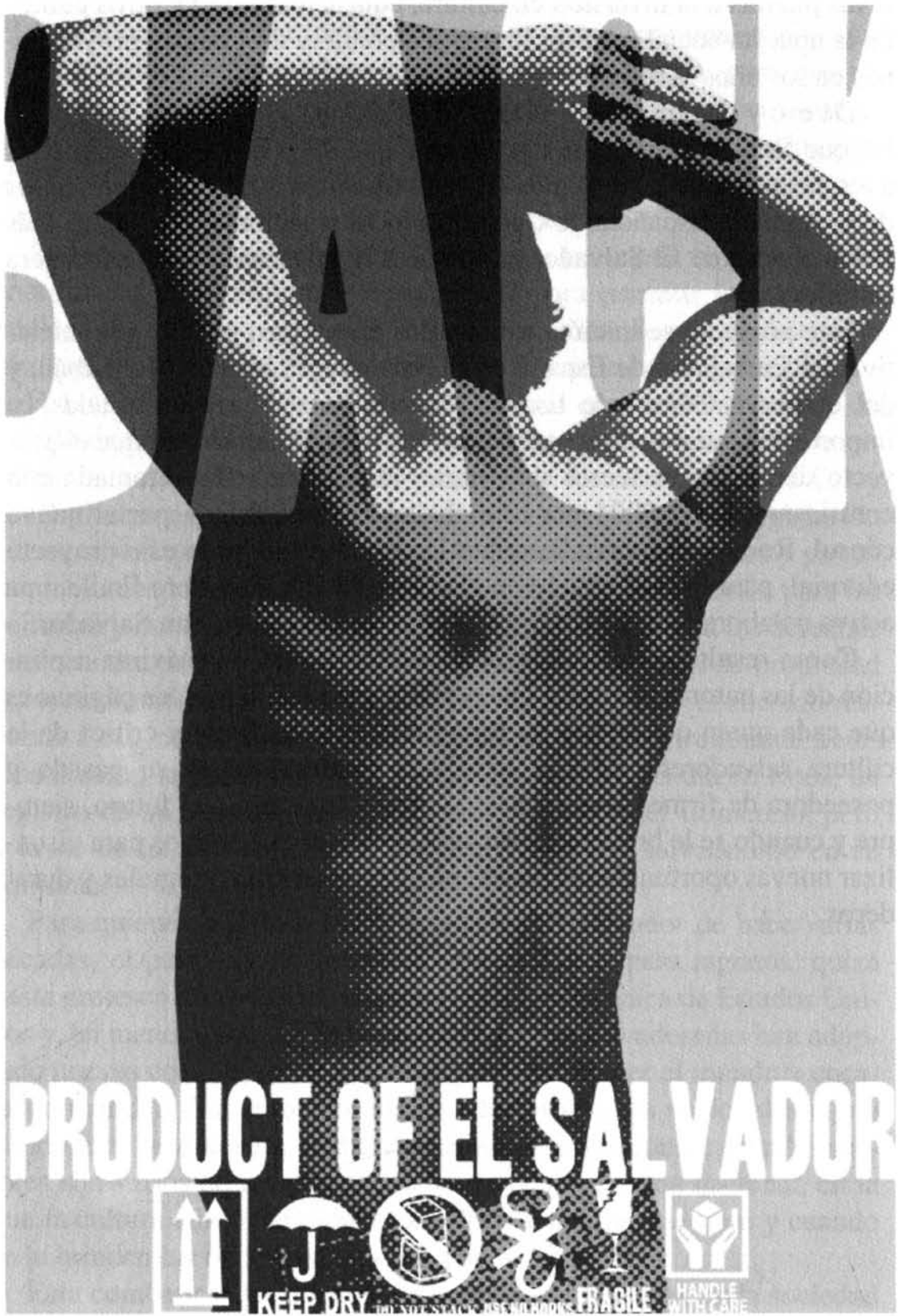
Para combatir la criminalidad y agresividad vigentes en la sociedad salvadoreña de la primera década del siglo XXI, no basta con medidas represivas que ya han demostrado su ineficacia, por más dureza que se les imponga. Para ayudar a construir un nuevo país, es necesario abrir-

le las puertas a la inversión en cultura, educación, salud y otros puntos de la apuesta social para un futuro sostenible y de grandes proyecciones en los años venideros.

De eso y de otras cosas es que se reflexiona y escribe en los artículos que forman el presente documento, que llega hasta ustedes gracias a los auspicios de la prestigiosa revista *Cuadernos Hispanoamericanos* de la Agencia Española de Cooperación Internacional, una de las más fieles aliadas de El Salvador en lo que a la inversión social extranjera se refiere.

Este proyecto se inició unos cuantos años atrás, gracias a la iniciativa del Embajador de España en El Salvador, Francisco Montalbán, y del entonces Cónsul de España, Carlos Ruiz, ahora destacados en importantes puestos diplomáticos en Bolivia y Madrid. Aunque el proyecto decayó unos meses más tarde, la iniciativa fue retomada con entusiasmo desde 2004 por el embajador Montalbán y por el nuevo cónsul, Román Escohotado, quien llevó a feliz término este proyecto editorial, para lo cual contó con el apoyo de Eva Escudero Fraile, una activa colaboradora del Centro Cultural de España en San Salvador.

Como resultado del esfuerzo de esas personas, la máxima aspiración de las autoras y autores que participan en las siguientes páginas es que cada quien que las lea se forme una opinión firme y crítica de la cultura salvadoreña de hoy, arraigada fuertemente en su pasado y poseedora de firmes intenciones de proyectarse hacia el futuro, siempre y cuando se le brinde una pequeña ayuda de sus amigos para visualizar nuevas oportunidades para la paz y el desarrollo integrales y duraderos.



Eduardo Chang, 2006